

## Se restaura la verdad

**L**a reforma relativa al sábado se predice en Isaías: “Así dice el Señor: Observen el derecho y practiquen la justicia, porque mi salvación está por llegar; mi justicia va a manifestarse. Dichoso el que así actúa, y se mantiene firme en sus convicciones; el que observa el sábado sin profanarlo, y se cuida de hacer lo malo [...]. Y a los extranjeros que se han unido al Señor para servirle, para amar el nombre del Señor y adorarlo, a todos los que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto, los llevaré a mi monte santo; ¡los llenaré de alegría en mi casa de oración!” (Isaías 56:1, 2, 6, 7).

Estas palabras se aplican a la era cristiana, como se observa por el contexto (versículo 8). Aquí se anuncia anticipadamente la reunión de los gentiles por medio del evangelio, cuando los siervos de Cristo predicarían a todas las naciones las buenas nuevas.

El Señor ordena: “Sella la ley entre mis discípulos” (Isaías 8:16). El sello de la Ley de Dios se encuentra en el cuarto Mandamiento. Este es el único de los diez que presenta tanto el nombre como el título del Legislador. Cuando el sábado fue cambiado por el poder papal, el sello fue quitado de la Ley. Los discípulos de Jesús han sido llamados a restaurarlo, exaltando el sábado como el monumento conmemorativo del Creador y la señal de su autoridad.

Se da la orden: “¡Grita con toda tu fuerza, no te reprimas! Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob”. Aquellos a quienes el Señor designa como “mi pueblo” han de ser reconvenidos por sus transgresiones, pues son una clase que se considera a sí misma como justa en el servicio de Dios. Pero la solemne reconvenición del que escudriña los corazones afirma que están pisoteando los preceptos divinos (Isaías 58:1, 2).

El profeta señala de esta manera el Mandamiento que ha sido olvidado: “Tú levantarás los cimientos de generaciones pasadas, y te llamarán reparador de brechas, restaurador de calles donde habitar. Si por causa del día de reposo apartas tu pie para no hacer lo que te plazca en mi día santo, y llamas al día de reposo delicia, al día santo del Señor, honorable, y lo honras, no siguiendo tus caminos, ni buscando tu placer, ni hablando de tus propios asuntos, entonces te deleitarás en el Señor” (Isaías 58:12-14, NBLA).

La “brecha” fue hecha en la Ley de Dios cuando el sábado fue cambiado por el poder romano. Pero ha llegado el tiempo en que esa brecha debe ser reparada.

El sábado fue guardado por Adán en su inocencia en el Edén; y también por Adán, caído pero arrepentido, cuando fue expulsado de su morada. Fue observado por todos los patriarcas desde Abel hasta Noé, hasta Abraham y hasta Jacob. Cuando el Señor liberó a Israel, él proclamó su Ley a la multitud.

## **Siempre se guardó el verdadero sábado**

Desde ese día hasta el presente se ha guardado el sábado. Aunque “el hombre de pecado” tuvo éxito en pisotear el santo día de Dios, almas fieles, ocultas en lugares secretos, le rindieron tributo. Desde la Reforma, un núcleo de personas en todas las generaciones ha mantenido su observancia.

Estas verdades relacionadas con “el evangelio eterno” distinguirán a la Iglesia de Cristo en el tiempo de su aparición. “Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12, JBS).

Los que recibieron la luz concierne al Santuario y a la infalibilidad de la Ley de Dios se llenaron de gozo al distinguir la armonía de la verdad. Deseaban que la luz fuera impartida a todos los cristianos. Pero las verdades que diferían de lo que el mundo creía no fueron bien recibidas por muchos que aseveraban seguir a Cristo.

A medida que se presentaban las exigencias relativas al sábado, muchos decían: “Siempre hemos observado el domingo, nuestros padres lo observaron, y muchas personas buenas han muerto felices observándolo. La observancia de un nuevo día de reposo nos hará estar en desacuerdo con el mundo. ¿Qué podrá realizar un pequeño grupo de observadores del sábado contra todo el mundo que guarda el domingo?” Usando argumentos similares, los judíos justificaron su rechazo de Cristo. Así, en los días de Lutero, los papistas razonaban que los verdaderos cristianos habían muerto en la fe católica; por lo tanto, esa religión era suficiente. Tal razonamiento resultaría una barrera para todo progreso en la fe.

Muchos afirmaban que la observancia del domingo había sido una costumbre muy difundida de la iglesia durante siglos. En contra de este argumento se presentaba el hecho de que el sábado y su observancia eran incluso más antiguos, tan antiguos como el mundo mismo: habían sido establecidos por el “Anciano de días”.

En ausencia de un testimonio bíblico, muchos afirmaban: “¿Por qué no entienden nuestras grandes personas esta cuestión del sábado? Pocos creen como ustedes. No puede ser que ustedes estén en lo cierto y todas las personas de saber estén erradas”.

Para refutar tales argumentos se necesitaba solamente citar los textos de la Biblia y la forma en que el Señor trató con su pueblo en todos los siglos. La razón por la que Dios no elige con mayor frecuencia a personas de saber y posición para que sean los dirigentes en las reformas es que ellas confían en sus credos y en los sistemas teológicos y no sienten la necesidad de ser enseñadas por Dios. En cambio, los que poseen poco conocimiento académico a veces son llamados a declarar la verdad, no porque sean incultos, sino porque no confían demasiado

en sí mismos y así pueden ser enseñados por Dios. Su humildad y su obediencia los hacen grandes.

La historia del antiguo Israel es una notable ilustración de la experiencia pasada del cuerpo de creyentes adventistas. Dios condujo a su pueblo en el movimiento adventista, así como condujo a los hijos de Israel en su salida de Egipto. Si todos los que habían trabajado en forma unida en la obra en 1844 hubieran recibido el mensaje del tercer ángel y lo hubieran proclamado con el poder del Espíritu Santo, hace años la Tierra habría sido amonestada y Cristo habría venido para redimir a su pueblo.

## **No era la voluntad de Dios**

No era la voluntad de Dios que los hijos de Israel vagaran cuarenta años por el desierto; él quería conducirlos directamente a Canaán y establecerlos allí, como un pueblo santo y feliz. Pero ellos “no pudieron entrar por causa de su incredulidad” (Hebreos 3:19). De idéntica manera, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se demorara por tanto tiempo y que su pueblo permaneciera por tantos años en el mundo de pecado y dolor. La incredulidad los separó de Dios. Por misericordia hacia el mundo, Jesús demora su venida, para que los pecadores puedan escuchar la amonestación y encontrar refugio antes que la ira de Dios sea derramada.

Ahora, así como ocurrió en los siglos anteriores, la presentación de la verdad despertará oposición. Muchos atacan con malicia el carácter y los motivos de los que defienden una verdad impopular. Elías fue acusado de ser un perturbador de Israel; Jeremías fue acusado como traidor; y Pablo, como profanador del templo. Desde aquellos días hasta los nuestros, los que han querido ser leales a la verdad han sido denunciados como rebeldes, herejes y disidentes.

La confesión de fe hecha por los santos y los mártires, su ejemplo de santidad y de firme integridad, inspira valor en los que hoy son llamados a presentarse como testigos en favor de Dios. Al siervo de Dios de estos días se le da el siguiente mandato: “Alza tu voz como trompeta. Denúnciale a mi pueblo sus rebeldías; sus pecados, a los descendientes de Jacob” (Isaías 58:1). “A ti, hijo de hombre, te he puesto por centinela del pueblo de Israel. Por lo tanto, oírás la palabra de mi boca, y advertirás de mi parte al pueblo” (Ezequiel 33:7).

El gran obstáculo para la aceptación de la verdad es que ella involucra inconvenientes y oprobio. Este es el único argumento en contra de la verdad que no han podido refutar sus defensores. Pero los verdaderos seguidores de Cristo no esperan que la verdad se haga popular. Ellos aceptan la cruz, confiados con el apóstol Pablo en que “los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento” (2 Corintios 4:17), al igual que Moisés, que “consideró como mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto” (Hebreos 11:26, NBLA).

Debemos elegir lo justo porque es justo, y dejar las consecuencias con Dios. El mundo está en deuda con los seres humanos de principios, de fe y de valor por sus grandes reformas. Y personas semejantes deben llevar adelante la obra de reforma para este tiempo.